

I T E R
ENSAYOS

Gabriela Mistral e Italia



Gabriela Mistral e Italia

Luis Vargas Saavedra

Admirativamente Gabriela Mistral alaba y tasa el arte, la literatura y la religión de la Italia medieval y renacentista, centrándola en Florencia. Señala sus rasgos estéticos, éticos y religiosos con los cuales ha consolidado su propia poética.

Gabriela Mistral and Italy

With admiration Gabriela Mistral praises and evaluates the art, literature and religion of Medieval and Renaissance Italy, centering it in Florence. She points out its aesthetic, ethic and religious traits, which have consolidated her own poetic creed.

Gabriela Mistral e Italia

Luis Vargas Saavedra
Pontificia Universidad Católica de Chile

Qué fue para ella Italia

Consideremos que hay una Italia antes de verla, y una Italia siendo vista. Y que antes de verla nuestra poetisa ha leído sobre ella y por ella.

Lucila Godoy Alcayaga para poder enseñar Historia, tuvo que aprenderse Antigüedad, Medioevo y Renacimiento. Por eso, en su primera estadía en Italia, en 1924, las prosas con que describe el impacto, más bien *la epifanía* de estar en Florencia y Siena, demuestran que para poder sentir con tanta compenetración ya poseía una notable cultura: hondos conocimientos de literatura y también de arte, sobre todo de plástica, que le permitieron apreciar los triunfos de arquitectura, pintura y escultura.

Durante su estadía en México (1922 a 1924) tuvo contacto con los muralistas que José Vasconcelos, Secretario del Ministerio de Educación, patrocinaba; entre ellos, Diego Rivera, Orozco y Siqueiros. Habiendo leído al Dante y habiendo ya escrito (en México) una vida de Donatello (aún inédita), Florencia tiene para ella una significación impresionante: moral y hasta mística. Lo mismo Siena, habiendo ya leído a Santa Catalina.

No solo se había preparado con los artistas y escritores más famosos, también había averiguado a Fra Angélico, a Giotto, a Savonarola, a San Antonio, al Aretino, a Guicciardini, a Benvenuto Cellini y a los hermanos Della Robbia. Silencio sobre Bramante, Brunelleschi, Botticelli, Rafael y Pontormo. Y silencio sobre Uffizi y Palazzo Pitti. Y deliberado silencio sobre Roma, ciudad que le aplasta las potencias.

Como a Perugino lo considera “blanducho” (artículo sobre Siena) calculo que a su discípulo, Rafael, lo habrá considerado, por lo menos, “blando.”

En 1924 y después en 1928, Florencia y Siena son para Gabriela Mistral un despliegue de estímulos que ella interpreta a lo divino, un

decodificación semiótica que atrapa y recalca lo etiestético. Es decir, un panorama de trascendencias que refuerzan, que comprueban, su ideario neoplatónico (“Amarás la Belleza porque es la sombra de Dios sobre el universo,” según ordena el primer mandamiento de su “Decálogo del Artista,” en *Desolación*).

Es Florencia la ciudad que prefiere

Antes de comentar sus artículos “Florencia” y “Otra vez Florencia,” diré que *de toda Italia, es Florencia la ciudad que prefiere*, la ciudad en la cual más aprende y donde mejor se rehace, se fortalece. Allí constata verdades estéticas. Se deja estimular y analiza el efecto recibido.

“Yo siento, al caminar por las calles florentinas, una atmósfera extraordinariamente viva, preñada de actos, y que me fecunda momento a momento... Anoto la vivacidad de mis sentidos lentos...”

Esto es notable y muy suyo: *el percibir cómo percibe*. Tiene conciencia de su propia conciencia, y así logra estar *dentro y fuera*, tanto de lo que capta, como de sí misma.

Entre las cosas que dice tener dispuestas en Florencia para alegrarse “el corazón descorazonado en cualquier tiempo,” se hallan:

“los dos párpados y el ceño ablandado de sueño de ‘La Noche’ en la capilla de los Médicis. Como en mi sentido nihilista de la dicha yo la situo en el sueño, el documento de la mejor dicha en este mundo está para mí en esa banda de reposo que va desde la sien hasta la sien de La Noche, pasando por los párpados aflojados de reposo y por el ceño bien desabotonado de voluntad.”

Ha sentido esa cabeza que duerme,

“no duerme el cuerpo, que está pronto a incorporarse. Duerme, sí, la cabeza, pero como no ha dormido nunca cosa alguna.”

Y con ese impulso de *incorporación de lo excelente*, típico de ella, se apropia de La Noche *hasta mistralizarla*;

“yo soy de las almas que no sé quién llama “de la media noche,” y he entendido mejor a la criatura nocturna.”

Tan bien la ha entendido, que la transforma en persona hospitalaria, más aun, en criatura maternal:

“Contemplo esta cabeza como esas cosas que quiero dejar depositadas en el fondo más seguro de la conciencia. “Tú, le digo, me harás dormir a tu semejanza, como una madre.”

Escribe en 1928:

“Florenxia me hace siempre magisterio salubre para vivir en condescendencias –que no llegan a cesiones– con este mundo terriblemente rico en opuestos y del cual yo tanto he sufrido en los tiempos míos savonarolescos, en que aventaba con cólera cuanto no llevaba mi manera de paso...”

(“Otra vez Florenxia,” *Gabriela anda por el mundo*, 240).

¿Qué ha recibido de Florenxia?

–El acicate de “cinco cascadas del Espíritu” que cargan esta atmósfera –atmósfera que ya ha descrito como “extraordinariamente viva, preñada de actos” y por ello fecundadora, estimulante, creativa–. Las cinco cascadas son: “la Capilla de los Médicis, la Sala de Donatello, el Campanile del Giotto, el Convento del Beato Angélico y la Plaza de la Señoría. Dando circunstancia de diálogo con otro turista, continúa: “Son más, añade otro: el Baptisterio, la Galería Pitti y de los Oficios y la colina de San Miniato.” Total, ocho cascadas espirituales.

¿Qué más ha recibido? Más bien, ¿cuánto más ha recibido? Todo lo siguiente:

– El sueño absoluto de “La Noche” de Miguel Ángel, con el cual se aprovisiona para las noches que vinieren.

– El alivio que da Donatello respecto de la desmesurada grandeza de Miguel Ángel. Una sensación de arte más humano, normal y accesible: “su naturalidad domicilia su obra en medio de nosotros.”

– El angelizamiento del arte de Juan de Fiésole, que suscita en ella una modalidad de cristianismo en la que el Ángel prevalece sobre el Santo: “Siento que me nace un cristiano nuevo, hecho por San Francisco y por Juan de Fiésole, en el cual el ángel que levantó la piedra del sepulcro de Cristo, me libertará de la podridura de dolor que duraba mucho.”

– El amor a los opuestos:

“Aquí he aprendido yo a partirme la mente en gajos iguales, para darle fervor a Miguel Ángel, el hebreísimos; y a Leonardo, el antihebreo. . . Florenxia me desbasta este corazón salvaje que aún es el mío, forzándome a la tolerancia, y me voy siempre de ella más maduramente humana de lo que vine... Ella en un mes me acostumbra a este parto extraño que fue el suyo, de violentos y de cordiales, de atolondrados y de metódicos”.

– La obediencia a Dios, que contempla en “La Anunciación,” pintada al fresco por Fra Angélico:

“...la “Anunciación”. . . Yo le miro y le pienso el espacio que queda entre el Arcángel y la Virgen, y donde la palabra está casi visible como una pluma de cardo parada en el aire contrito que la sostiene. Esta inclinación de la Virgen, nada más que este arco de obediencia al destino cuyo centro es la nuca suya, sería cuanto quisiera imprimir al esparto de que estoy hecha, y me bastara.”

—Y finalmente, el catastro de sus seres queridos: “y hasta sé quiénes son aquellos a quienes amo, según los semblantes que en Santa María me acuden a la memoria.”

Ignoro cuántos días permaneció Gabriela Mistral en Florencia durante esas dos estadías, una en 1924, la otra en 1928. Supongo que no lo suficiente. La ciudad pide siempre más tiempo del que uno puede darle. Por eso tal vez no ha tenido tiempo de recorrer los Uffizi y el Palazzo Pitti y por eso no ha elogiado a Brunelleschi. Extraña omisión, porque el arquitecto-ingeniero-escultor posee todos los rasgos renacentistas que ella admira en Leonardo: la capacidad para hacer el oficio que se le pida, el ingenio para triunfar contra los exigentes florentinos, y la entrega sacerdotal y hasta de mártir al arte, que constituye la máxima enseñanza dada por Florencia.

De su artículo “Otra vez Florencia,” se pueden extraer *ocho requisitos para merecer las ocho cascadas de Florencia*, para comulgar con ella. Cinco ya han sido cumplidos por Gabriela Mistral, quien, con toda delicadeza, se hace a un lado, para hablarnos en el vago y neutral modo infinitivo:

“Guardar los sentidos... ser puros... amar las artesanías... tener en el fondo de la memoria el hervido Antiguo Testamento... haber amado mucho a Leonardo... haber querido los niños... haber guardado en el fondo del ojo una gota de inocencia... leer el terceto del Dante... prepararse para este amor”.

¡Qué bien se preparó! :

“Me he leído dos vidas del hereje dantesco” (Savonarola).

“Anatole France ha dicho que estas colinas no han sido hechas como el resto del Globo, sino una a una...”

El Arno... D’Annunzio lo ha llamado el “río de oro.”

Comprueba el excusable error de Rodó de creer que el *Perseo* de Benvenuto Cellini se encara simbólicamente al *David* de Miguel Ángel, y lo refuta con una objetividad tajante: “El Perseo no mira al David, como dijo Rodó, pues no fueron colocados frente a frente, como lo hubiera querido el contraste de símbolo rodeano”.

Da que pensar el requisito de “...haber amado mucho a Leonardo...” Aunque haya escrito una meditación sobre el Moisés, de Miguel Ángel, que vale y equivale a una poética, no coloca al artista junto a Leonardo, su gran rival. Y a pesar que en literatura ella ejerce la intensidad, no la

admira ni goza en la plástica de Miguel Ángel, cuyo tremendismo la agobia. Leonardo, en cambio, la fascina. Lo justifica. Antes de llegar a Florencia, en una conferencia que diera en Washington, ese mismo año de 1924, excusó así la lentitud con que faenaba Leonardo:

“La lentitud no siempre es la pereza, y yo recuerdo al decir esto, a Leonardo, en cuya lentitud había la mitad de insatisfacción, de divina insatisfacción, y la otra mitad de recogimiento o sea de actividad interna.”

(“Discurso en la Unión Panamericana,” *Idem.*, 52).

Y en un infechaado texto, “El sentido religioso de la vida,” ha escrito:

“Religioso fue Leonardo, el hombre que vemos inclinado sobre un lienzo nunca concluido y al que podría llamarse *el siempre insatisfecho*. Él hurgó en la materia y la exprimió más como un sabio en su laboratorio que como un artista en su atelier, y vio que había un resplandor detrás de su espesura ciega”.

(*Prosa religiosa de Gabriela Mistral*, 28).

Ese *resplandor* es el positivo, respecto del negativo, de la *sombra* de Dios sobre el Universo. Todo su “Decálogo del artista” queda confirmado, oleado y sacramentado por Florencia. Por eso exclama:

“Ella es el vértice de oro a donde van a hincarse los hombres de los cuatro puntos cardinales, que amaron la Gracia coronando la vida, es decir, el lirio sobre la cabeza del león.”

El requisito de amar las artesanías contiene toda su admiración por John Ruskin, al que antologa en *Lecturas para mujeres*, y en quien comprueba la misma exaltación de la manufactura como autorretrato táctil y como terapia calmadora. Ya en México había descubierto el arte popular que la prepara para las artesanías italianas, en especial la cerámica, que ella, concordando con Gauthier, considera creación propia de un pueblo culto.

Veamos qué le significa Siena

Con honestidad se declara menos preparada que con Florencia:

“Todo lo que sé de la ciudad son dos cosas: que nació y vivió dentro de sus muros Santa Catalina... y que en una iglesia hallaré – al fin– el San Juan Bautista más intenso que hizo Donatello, cuya boca, en un viejo grabado familiar, me conmovía por su sed.”

Hay allí *una alusión a su hogar*, modesto pero decorado con un grabado del San Juan Bautista de Donatello.

No le gustó Siena:

“es la ciudad de los olores más ingratos, cuando no hay viento ni llueve, se anda por ella como por la orilla de las lagunas pútridas... “es mundanísima y si mereció, ya no merece ahora a su santa. Sólo en Nápoles se turba más el sueño de las gentes con sus canciones nocturnas; Siena vive en sus calles, se alegra por la calle, hace fascismo, comentario musical, y casero, en la calle... y tiene un tráfico más difícil que el neoyorquino. ¡Pobre Santa Catalina!”

Hemos apreciado cómo Florencia le valía por centro de irradiación ético-estética. Siena le escancia, le trasvasa religiosidad.

Veamos, por lo tanto, la impronta de los santos italianos y después la de sus escritores.

A Santa Catalina de Siena la considera

“un poco mujer de Estado. Mística, es menor que nuestra santa de Castilla. Y su caridad se me sume, como un agua escasa, al lado de la caridad franciscana, que ensancharía al mar.”

Me sorprende que evalúe por debajo una obra mística que coincide en tantos puntos con la de Santa Teresa; por lo demás, todas las místicas son sinónimas en método y meta, en viaje y arribo. De la obra de Santa Catalina solo admira la carta llamada “de la sangre,” escrita a su confesor. “No sé de palabras más intensas exhaladas por mujer.” Y de la vida se queda con un solo episodio, la conversión de un caballero, al cual le prometiera sostenerlo en los últimos momentos, acompañándolo al sitio en que sería decapitado.

“Catalina recibió la cabeza que manaba como esos grandes puñados de hierbas acuáticas que levantamos de un estanque; la sangre le bañó el pecho; ella toda fue lienzo de Verónica; bebió en la sangre con la toca inclinada, con las manos, con su cuerpo entero. Miró la cabeza destroncada, buscando la expresión de la boca para saber, y halló derramada una gran paz sobre el rostro”.

¿Qué le habrá dado a ella, Santa Catalina de Siena?

Le habrá dado el contacto verbal con una intensidad de expresión semejante a la suya y semejante a la del *Antiguo Testamento* al que tanto admiraba por su ímpetu de flecha en llamas. Y le habrá dado ese amor de fémica recia, más fuerte que varón, mujer capaz de sostener el ánimo de un inocente caballero feudal condenado al hachazo.

Ese texto es de 1925, un año después de la muerte de Manuel Magallanes Moure, respecto de quien ella tuvo a veces una actitud semejante a la de Catalina sosteniendo la flaqueza del afligido. Sugiero

que hay una proyección autobiográfica en su intensa recreación de ese "episodio bello y terrible." Catalina de Siena le ha suscitado un acorde, un eco, una rima vital: ambas vibran de amor fraterno, sin sensualidad, sin lujuria, auxiliando como hermanas fieles al hermano atribulado.

Veamos cuánto le da Italia, vía San Francisco de Asís

Antes de ir en peregrinaje hasta Asís, en 1924, comenzó a escribir en México, en 1923, sus *Motivos de San Francisco*, como un homenaje que se le fue transformando en una compenetración tan profunda, que podríamos decir que ella *se franciscaniza* escribiendo sobre San Francisco. No se trata de un hallazgo súbito. Había ya comprendido la estética de Eduardo Barrios que proponía el olvido de la palabra, para volverla transparente en vez de ostentosa, a lo D'Annunzio. En esa humildad verbal, ella halló un rasgo *franciscano*. Por eso las prosas sobre el *Poverello* están simplificadas en emoción, concepto y palabra. Demuestran el contrabarroco de una barroca, el triunfo de una sencillez conseguida sin demostrar el esfuerzo hecho para conseguirla. Es el envés de un arte capaz de dos efectos: lo repujado y lo liso.

Entendió que en los cánticos del santo poeta se cristianizaban las enseñanzas de Gautama, de modo que su ex budismo bien se podía encauzar en una enamorada alabanza a la materia y al universo, en cuanto creaciones divinas. Natural, entonces, que las estampas de animales y los elogios de las materias se le tornasen cánticos al modo de San Francisco alabando a la hermana agua y al hermano sol. Así ella continúa loando donde él se calla.

Estando en Asís, sucede su reconversión al catolicismo. Abandona los tanteos de teósofa y de budista. Ingresas en la Orden Tercera, para laicos, y será enterrada con el cordón franciscano a la cintura. Esa evolución sucedió dentro del ámbito franciscano, acaso en la Porciúncula, y bien podemos decir que *Italia, vía San Francisco, le ha devuelto la fe en Cristo y en su Iglesia*.

Ahora, el aporte literario propiamente tal

El primero, del Dante. *La Divina Comedia* tiene para ella la fuerza y hasta la fiereza del *Antiguo Testamento*, es decir alcanza la intensidad verbal máxima.

En el poema "Mis libros," de *Desolación*, la biblioteca esencial de quien allí habla consta de: la *Biblia*, *La Divina Comedia*, *Las florecillas* de San Francisco, *La imitación de Cristo* de Kempis, *Mireya* de Frederic Mistral, y versos de Amado Nervo. Hay dos grandes italianos en medio de esa plétora. Al Dante lo llama "el sumo Florentino." Y precisa:

“A su voz todavía como un junco me inclino;
 por su rojez de infierno fantástica atravieso.
 Y para refrescar en musgos con rocío
 la boca, quemada en las llamas dantescas,
 busqué las Florecillas de Asís, las siempre frescas
 ¡y en esas felpas dulces se quedó el pecho mío!
 Yo vi a Francisco, a Aquel fino como las rosas,
 pasar por su campiña más leve que un aliento,
 besando el lirio abierto y el pecho purulento,
 por besar al Señor que duerme entre las cosas”.

San Francisco la refresca del incendio del Dante, tal como en Florencia una canción de Petrarca o unas pinturas de Fra Angélico le restablecen los pulsos después de haber leído *La Divina Comedia*. Del mismo modo, Donatello con su plácida naturalidad la medicina de la grandiosa vehemencia de Miguel Ángel, tal como Florencia la morigera del efecto de Roma. Roma para ella es la Fuerza en mayúscula, el poderío de un Imperio, dentro del cual Pilatos ordenó matar a Cristo: “La fuerza siempre mata al espíritu.” Esa frase expresa un rechazo religioso contra la Roma deicida. Un rechazo emocional que arrolla con todos los logros romanos en arquitectura, política y legislación, exonerando (tenemos que suponerlo) a Virgilio, a Plutarco y a Séneca.

En 1931 recurrirá a la misma maniobra terapéutica de paliamiento por opuestos, para castigar su “sensualidad de la extensión” (así llama a su involuntario gozo de la enormidad de la iglesia de San Juan el divino, en Nueva York). ¿Cómo lo efectúa? Se mortifica y se corrige tal complacencia de espacio, acordándose con toda lentitud “de la capilla más pequeñita que yo he visto en mi vida: la Porciúncula de San Francisco, encajada en la iglesia de Santa María de los Ángeles en Asís.” Notable método de mitigar a Roma por medio de Florencia, o sea, *usando a Italia para perfeccionar a Italia*, y también para contrapesar, fuera de Italia, al formidable materialismo industrial del templo neoyorquino, contraponiéndole el espiritualismo de la pobreza franciscana.

De modo que Italia ha vuelto a Gabriela Mistral más latina, más mediterránea, y más cristiana.

**¿Qué otros escritores italianos ejercen influencia sobre su obra?
 Gabriele D’Annunzio y Giovanni Papini.**

Su deslumbramiento con D’Annunzio me parece situado en la misma época juvenil del encandilamiento ante el empalagoso y furibundo Vargas Vila. Dos escritores de pletórico y poderoso léxico, dueños y señores de un idioma del que extraen los efectos más fuertes, sea para exaltar la belleza, sea para denigrar lo despreciable. Así el italiano

ejemplifica una elocuencia en ditirambo, en tanto que el colombiano blasona una elocuencia en denuesto, pero ambos, a su manera, fueron terribles expresadores, fieros y flamígeros retóricos. Pronto ella relega al panfletista antiyanqui y se rezaga un tiempo admirando al exuberante italiano. Escribe poemas inspirados en *La Vergine delle Rocce*. Los lee reteniendo de memoria páginas enteras, por el mero placer de las palabras por las palabras, justo lo más opuesto al franciscanismo estético de Eduardo Barrios. Son los dos polos entre los cuales va en péndulo el estilo de Gabriela Mistral: o es el fuego o es el agua, o es la tremolación o es el remanso; lo barroco y hasta lo churrigueresco, versus lo simple y hasta lo *naïf*. Y de este vaivén se mece una obra que no aburre con un solo tono, sino que alterna y hasta hace contrapuntos. Y en ambas modalidades se percibe Italia, mediante San Francisco y D'Annunzio. Asombrosa ayuda, magistral asociación.

En cuanto a Papini voy a atenerme a la visión que de él da en 1948: "si yo no le debiese más que el conocimiento de Jacopone de Toddi, fenómeno adorable en poesía y vida, ya le debería bastante... Añado a eso el que, cinco veces, he regalado su "Vida del Dante" a gentes nuestras que ignoraban la A de ese Primer Padre de la latinidad".

Hemos rastreado el efecto de Italia en Gabriela Mistral, destacando, según ella misma lo ha destacado, el liderazgo de Florencia. No alcanzo a comentar cuanto recibiera e interpretara del paisaje, de la geografía, de otros pequeños pueblos de Italia: Zoagli, Sestris Levante, Cavi, y de ciudades como Nápoles y Lucca. Hemos rasado a vuelo de pájaro la enorme influencia de San Francisco en su arte y en su fe.

Les dejo, para terminar, una frase que esencia la enseñanza de Florencia para Gabriela Mistral y para todo artista:

"En esta ciudad venimos a saber los fieles, por qué se dio a la belleza, como a un leopardo, la carne del propio corazón."